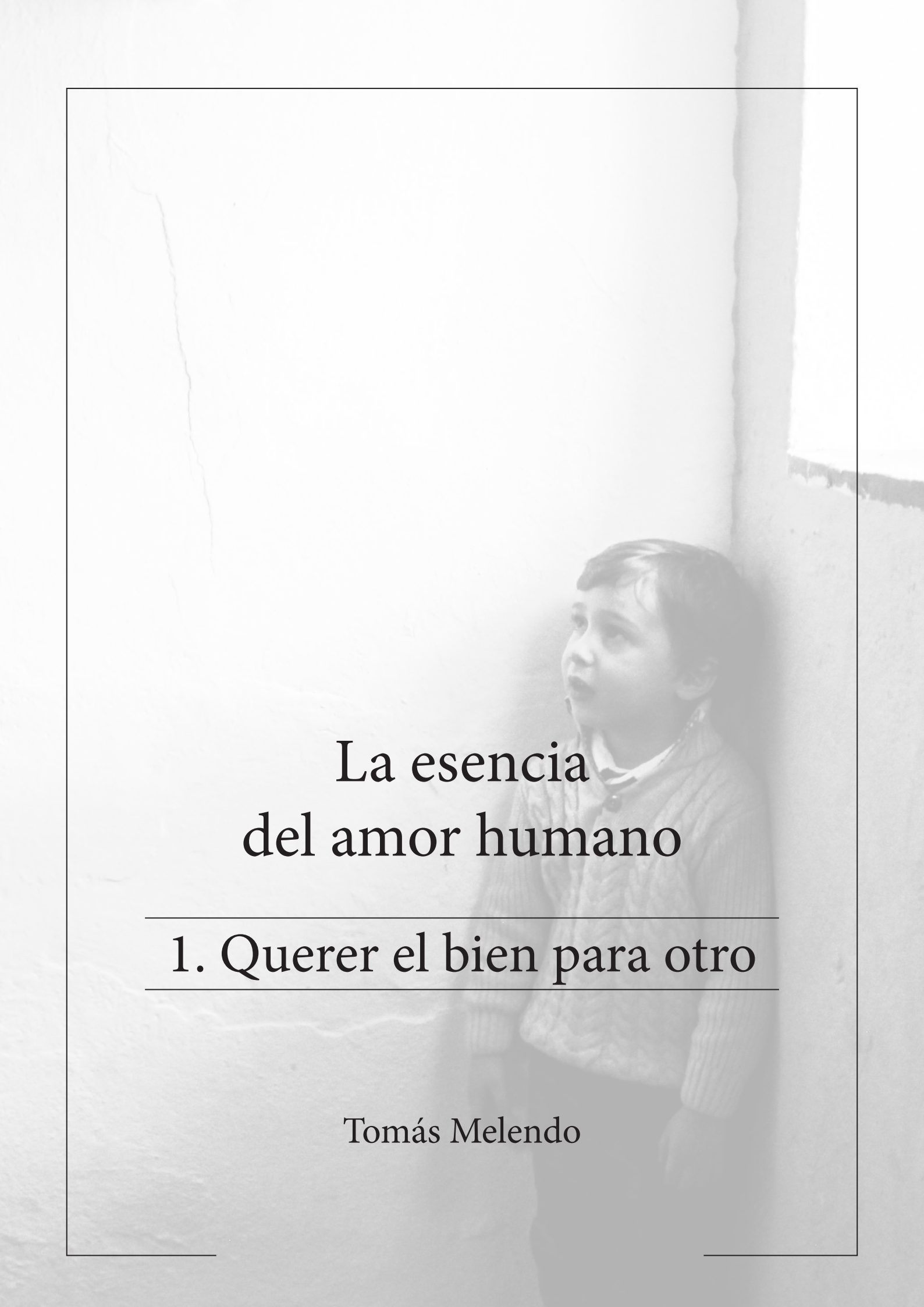


Bloque 2

La esencia del amor humano





La esencia del amor humano

1. Querer el bien para otro

Tomás Melendo

Índice

Introducción	4
1. El engaño “en amores”	4
2. Engaño sobre el amor	5
3. Aprender a amar	6
I. Querer	8
1. La voluntad... y más.....	8
2. Querer: fundamento y núcleo de todo amor	10
3. Muy por encima de los animales	11
4. Querer-querer	12
5. De nuevo por encima de los animales	16
6. El acto más humano y personal	16
II. Querer el bien	17
1. Enseñar a amar	17
2. Suscitar o provocar el amor	18
3. La brújula de todo acto educativo	20
4. A modo de ejemplo, sin pretensiones	21
III. Querer el bien para otro... en cuanto otro	22
1. En cuanto otro.....	22
2. Es decir, en cuanto ente (tal como es)	23

Introducción

¡Pongámonos en forma!

¡Alerta!

Existen muchas maneras estudiar un escrito, como también las hay de observar la realidad. Muy a menudo, no advertimos la existencia de algo o dejamos sin percibir ciertas propiedades de una persona, animal o cosa..., sencillamente, porque *no* los estamos buscando.

Con los libros puede ocurrir algo parecido. Es preciso poner la mente en estado de exploración para encontrar todo lo que pueden enseñarnos. Si esto no sucede, resulta bastante fácil que nos quedemos sin ni siquiera advertir cuestiones claras y claramente expuestas, pero que a nosotros no nos dicen nada.

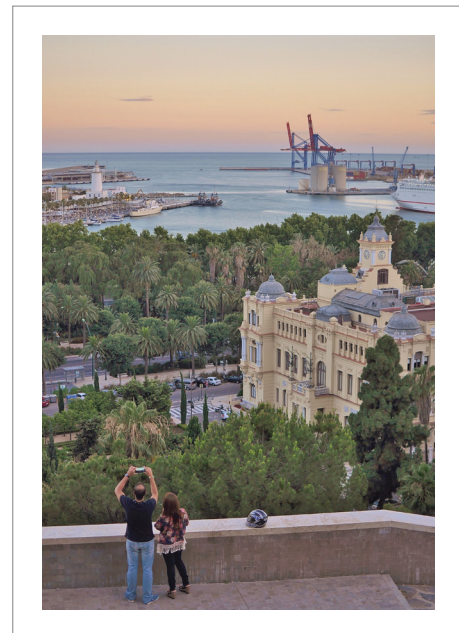
¡Ojalá no sea nuestro caso!

1. El engaño “en amores”

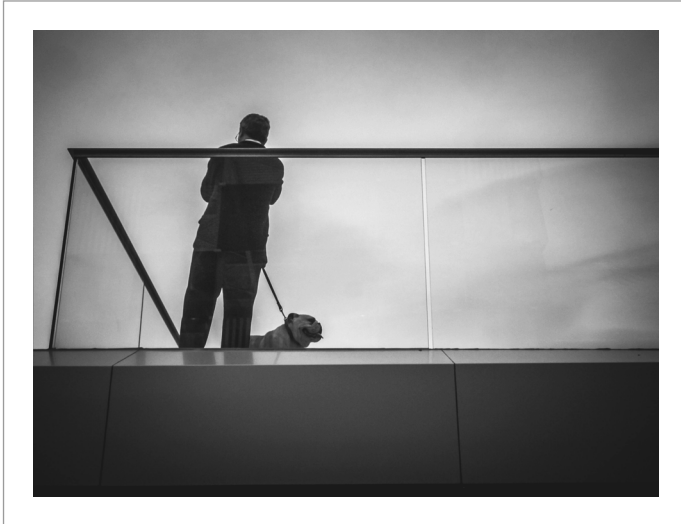
Engañarse respecto al amor
es la pérdida más espantosa,
es una pérdida eterna,
para la que no existe compensación
ni en el tiempo ni en la eternidad

Es decir, la privación más horrorosa, que, si no se rectifica, no puede resarcirse ni en esta vida ni en la futura.

Estas palabras de Kierkegaard, redactadas ya hace más de siglo y medio, no han perdido



nada de su vigencia; al contrario, resultan más actuales, cercanas y sugerentes que cuando fueron escritas.



Pues en el mundo presente no solo sobreabundan los engaños y fracasos en el amor:

a) Incapacidad de compromiso, infidelidades o falta de lealtad entre esposos, novios, amigos, vecinos, compañeros, profesionales de muy diverso género...

b) Vacío, indiferencia, mutuo soportarse, divorcios, separaciones, agresividad física o psíquica...

c) Abandono de los abuelos en lugares donde «se les cuidará mejor que en la familia», desapego y desatención de los hijos hacia los padres y viceversa, y de los hermanos entre sí...

Sino que, además, y esto resulta más determinante, en nuestros días parece haberse perdido el sentido mismo de la palabra amor.

2. Engaño sobre el amor

No sabemos lo que es amar. Hoy, aquello que se designa con el vocablo *amor* tiene a menudo como punto de referencia:

a) Una suerte de sentimentalismo difuso y blando, incapaz de colmar siquiera las nobles ansias de un adolescente.

b) O la pura biología, el trato meramente físico, como en la desgraciada frase de *hacer el amor*, tan lejana del más profundo sentido de edificar juntos y a diario el amor de toda una vida.

En nuestros días parece haberse perdido el sentido mismo del amor,
lo que este significa en su acepción más alta y noble

3. Aprender a amar

Semejante olvido de lo que implica el amor compone sin duda uno de los males más de fondo de nuestra cultura.

Por eso, si aspiramos a construir la civilización del amor, hemos de empezar por elevar la categoría humana del conjunto de la sociedad, aprendiendo nosotros mismos, en primer término, lo que es amar... y ayudando a aprenderlo a cada uno de los demás.

Primero, por así decir, en la teoría.

Para comenzar, todos habremos de tener claro que:

a) Lejos de difuminarse hasta perderse en esos efluvios blandos y sentimentaloides a los que antes me referí.

b) Lejos de constituir tan solo una función de pura fisiología, que sin duda interviene a menudo en lo que hoy vienen llamándose relaciones «de pareja».

c) Lejos de reducirse a un mero estímulo para el placer, en una suerte de *egoísmo a dos* aparentemente compartido, como ya advirtió Kierkegaard...

Lejos de todo eso, el amor está esencialmente constituido por un *acto de la voluntad*, hondo, recio y estable, por una *decidida decisión* que pone en fecunda tensión a la persona entera y gracias a la cual se descubre, elige, persigue, realiza, perfecciona y entrega el bien del ser querido.



**El núcleo del amor es un acto de voluntad, recio y estable,
que descubre, realiza y entrega el bien del ser querido**

Tranquilidad.

El conocimiento humano es progresivo. Normalmente no se comprende del todo lo que se lee por primera vez. Lo medio-entendido entonces prepara para estudiar lo que sigue, y el nuevo saber aclara lo ya aprendido.

A menudo es preciso ir y venir, leer más de una vez lo mismo.

Pero el resultado final suele provocar una honda, noble y notable satisfacción.

Mucho ánimo.

Una descripción básica

Para iniciar el esclarecimiento del asombroso misterio del amor, acudiré a la escueta descripción que Aristóteles estampó en su *Retórica*. Nos dice allí el filósofo griego que amar es «*querer el bien para otro en cuanto otro*».

Tres elementos compondrían la realidad que andamos buscando:

1. Querer.
2. El bien.
3. Para otro (en cuanto otro).

Un ligero comentario de cada uno de estos componentes nos situará en la vía adecuada para empezar a penetrar en la naturaleza del amor.

Confío en que todavía quieras seguir adelante y te advierto...

¡Alerta!

Según insinué, existen muchas maneras de leer o estudiar un escrito, como también de observar cuanto nos rodea.

Muy a menudo, no advertimos la existencia de algo o dejamos sin percibir algunas de sus propiedades porque no les prestamos suficiente atención.

Con los libros sucede algo parecido. Es preciso *despertar la mente* para encontrar lo que pueden enseñarnos. De lo contrario, ni siquiera advertiremos cuestiones incluso interesantes —que también puede haberlas— y acabaremos peor de lo que empezamos: con la cabeza caliente y los pies fríos, como suele decirse.



I. Querer

1. La voluntad... y más

Cuando Aristóteles describe el amor como *querer*, está intentando dejar claro que el nervio o columna vertebral de la actividad amorosa se asienta en la voluntad.

Quienes llevamos muchos años enamorados sabemos que el amor no se agota ahí. Que, en sentido fuerte y pleno, se ama con la propia persona *en su totalidad*.

Que, para amar de veras, hay que poner en juego:

a) Desde los actos más trascendentes, como el diseño conjunto y progresivo de lo que va a ser un proyecto de vida conyugal y familiar, y, a fin de cuentas, la entrega mutua e irreversible con vistas a ese objetivo.

b) Pasando por los sentimientos en los que resuena, se dilata, se completa y se exterioriza nuestro cariño.

c) Hasta las acciones más menudas y en apariencia irrelevantes, en las que se concreta el bien que buscamos para la persona amada; por ejemplo:



— El empeño por mostrarse elegantes y atractivos, tanto ella como él.

— El esfuerzo de la sonrisa obsequiosa, del reproche o de la ironía no expresados, la mirada de aprobación y cariño aun en los momentos de cansancio o desaliento.

— O los pequeños detalles que hacen más entrañables el retorno y descanso en el hogar,

encarnan y dan vida a la escondida dedicación de los padres a cada hijo o de los hermanos, amigos y colegas entre sí.

Amamos con todo lo que somos, sabemos, sentimos, hacemos, tenemos y anhelamos: ¡también con nuestros ideales no alcanzados, en la medida en que los compartimos o, al menos, los damos a conocer!

Absolutamente con todo.

En semejante sentido...

Amar consiste en volcar nuestro entero ser
en apoyo y elevación o promoción del sujeto querido



Pero... ¡la voluntad!

En cualquier caso,

a) Siendo tal y tan inabarcable la amplitud del amor: la palabra o el silencio comprensivos; el trabajo constante o la generosa disponibilidad hacia los hijos, amigos o compañeros de trabajo, también cuando andamos muy escasos de tiempo; la puesta a punto de la propia imagen o la de la casa...

b) No es menos cierto que ese casi inacabable repertorio de actividades solo se transforma en amor cabal y sincero en la medida en que todas ellas se encuentran pilotadas y como englobadas en una operación de la voluntad —el querer— que busca de manera noble, resuelta, y normalmente eficaz, el bien de la persona a quien se estima.

Cualquier actividad noble se transforma en amor
en cuanto quiere y busca el bien de la persona amada

El equilibrio necesario

Por todo lo anterior, considero de suma importancia mantener el equilibrio entre dos posturas que, absolutizadas —sin el contrapeso de la otra—, darían origen a peligrosos errores teóricos y a desviaciones de la conducta a veces irreparables:

a) Por una parte, es *la persona íntegra* quien se encuentra plena e intensamente implicada en cualquier acto de amor verdadero, cuyo término será siempre otra persona. El amor es una realidad inter-personal, en el sentido más amplio y fuerte de esta expresión.

b) Por otra, el motor, la raíz y el fundamento del amor auténtico es siempre un acto de *la voluntad*, dirigido en fin de cuentas a lo más noble que existe —otra persona—, para proporcionarle un bien que efectivamente lo sea, que la perfección.



El amor es una realidad inter-personal,
en el sentido más amplio y fuerte de esta expresión

2. Querer: fundamento y núcleo de todo amor

Amar, querer. Estamos ante palabras y realidades clave.

¿Por qué?

Porque el amor no se identifica con los «me gusta», «me apetece», «me interesa», «me apasiona» y expresiones similares, con los que tantos de nuestros contemporáneos pretenden justificar su comportamiento. Pues, en fin de cuentas, si se las considera aisladas, todas esas acciones resultan más propias de los animales que del hombre.

No se trata de una exageración ni implica ningún tipo de desprecio o descalificación. Intenta describir una realidad.

Y es que los animales se mueven por atracción-repulsión, por instintos; buscan el bien-para-sí: su bien, de una manera cuasi automática, que —mediante el gusto o el rechazo— refleja que aquello de que se trata les resulta por naturaleza beneficioso o dañino para su supervivencia, bien a ellos, bien a su especie.



El hombre, no. El hombre trasciende las simples necesidades biológicas, es capaz de realizar acciones no explicables en absoluto desde el punto de vista de su propia conservación vital y entonces manifiesta mejor que nunca su superioridad respecto a los animales.

a) El hombre puede poner entre paréntesis sus tendencias, y querer y realizar una acción en sí misma buena, por más que a él no le atraiga ni le interese e incluso le desagrade y reporte cierto daño físico o psíquico.

b) O, al contrario, no quererla ni llevarla a cabo aunque se esté muriendo de ganas por realizarla, si advierte que ese acto no contribuye al bien de los otros.

Con palabras más técnicas: le mueve el bien-en-cuanto-tal, no el bien-para-sí; y, como consecuencia, siempre que sea el caso, actúa buscando el-bien-del-otro-en-cuanto-otro.

El hombre manifiesta su superioridad respecto a los animales cuando trasciende las simples necesidades biológicas, es decir, cuando realiza acciones no explicables desde el punto de vista de su mera conservación vital

3. Muy por encima de los animales

Como acabo de apuntar, uno de los hechos que mejor pone de manifiesto su superioridad sobre los animales es precisamente que el hombre:

a) Puede dejar aparte sus propios gustos cuando las circunstancias lo exijan.

- b) Y conjugar en primera persona el yo quiero (lo que en sí mismo es bueno).
c) O, al contrario, el no quiero (lo malo en cuanto tal).

El hombre puede conjugar en primera persona
el yo quiero y el yo no quiero

4. Querer-querer

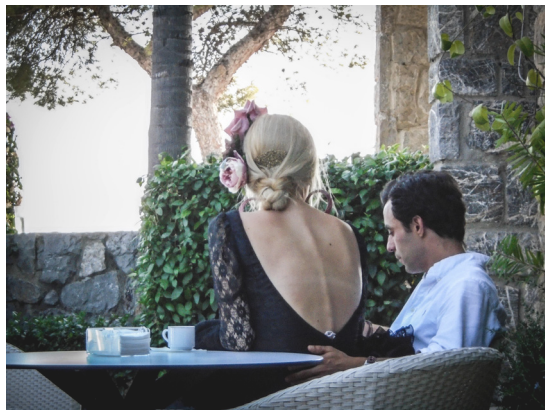
Ampliando sucintamente lo expuesto, cabe hablar de un escalonamiento en tres pasos que configuran lo que es el amor.

a) El primero, negar que se trate de una simple pasión o de un conjunto de ellas, aunque en ningún caso tenga por qué excluirlas, sino más bien al contrario: el amor humano nunca es pleno ni plenamente humano cuando el acto de voluntad no se encuentra acompañado y completado por los sentimientos pertinentes.

b) El segundo paso consistiría en resaltar el carácter eminentemente activo del amor, calificándolo como *firme determinación de la voluntad* e incluso como inmovible *autodeterminación* de la misma, con lo que eso lleva consigo, también, de *autodominio*.

c) Por fin, el amor más auténtico implica potenciar esa índole activa mediante la que en ocasiones he llamado la mayor prerrogativa del ser humano desde el punto de vista operativo: la *reflexividad* de la voluntad, el *querer-querer*.

El amor no es esencialmente
un sentimiento
ni una emoción, aunque,
para alcanzar su plenitud,
necesite de ordinario
de sentimientos y emociones



La reflexividad de las facultades superiores



Un comentario somero, que resume lo que he expuesto otras veces, puede ayudar a hacernos cargo del significado y alcance de ese *querer-querer*.

En el lenguaje filosófico y en este contexto concreto, el término *reflexividad* indica la capacidad que tienen ciertas facultades de re-verter, re-flexionar o *volver sobre sí*, sobre el acto y operación que ellas mismas ejercen.

Esto no es posible, por ejemplo, a ninguno de los sentidos. El ojo posee la capacidad de ver, pero no puede *ver* que *está viendo*. Ciertamente, sabemos si vemos o no, pero no a través de la vista, dirigida de manera exclusiva hacia los colores, e incapaz de *ver* el acto mediante el que ve.

No sucede así con la inteligencia, precisamente porque se trata de una facultad situada en los dominios del espíritu. Los

seres humanos, cuando percibimos algo mediante el entendimiento, no solo lo comprendemos, sino que percibimos o *sabemos* —con mayor o menor claridad, en función de cada uno y de las circunstancias del momento— que lo estamos comprendiendo o, en su caso, que lo vislumbramos más o menos.

La reflexividad del entendimiento, cuyo acto propio es conocer, podría caracterizarse como un saber que sabe. La de la voluntad es análoga: semejante y diferente al mismo tiempo, porque semejantes y diferentes son el saber y el querer. No consiste, entonces, en saber que quiero, pues eso es obra del entendimiento, sino justo en querer-querer.

La reflexividad de la voluntad consiste en querer-querer

De nuevo el querer-querer

Pero el querer es una operación con unas características muy peculiares, como también la facultad de la que el querer surge, la voluntad.

a) Pues, entre todas las potencias del ser humano, la voluntad es la única capaz de mover a buena parte de las restantes y, sobre todo, de movilizarse a sí misma.

De ahí que podamos hablar de *autodeterminación*, de un inicio casi absoluto, que algunos no comprenden y niegan, aun siendo de experiencia prácticamente inmediata: todos hemos comprobado la eficacia de decidimos seriamente a realizar o dejar de hacer algo, adquiriendo un nuevo hábito o abandonando una costumbre inveterada, aunque nos haya supuesto esfuerzo y tiempo.

b) Por eso, la voluntad puede también *volver* sobre su acto cuando este no es suficiente para el fin que pretende: amar al propio cónyuge en un cierto momento de crisis o incrementar ese cariño en las etapas de mayor exaltación.

Y, al volver sobre sí, al querer-querer, refuerza y aumenta su capacidad de amar, normalmente poniendo en juego también otros resortes: la recreación de los momentos *mágicos* pasados juntos, la forja de proyectos comunes aún inéditos...

La voluntad se siente inclinada a querer-querer, sobre todo, cuando ejerce y experimenta los amores más grandes y jugosos, que, sin embargo, aún se le antojan insuficientes



Elevado al infinito

Mas no todo acaba ahí. La posibilidad de reduplicación del querer no es solo una: cabe también querer-querer-querer, y querer-querer-querer-querer... y así hasta alcanzar la meta deseada.

De ahí que la *reflexividad* de la voluntad, cuyo significado confío haber esclarecido un poco —y estudiaremos con detalle en la versión para *Avanzados*—, pueda concebirse como el arma de mayor alcance, el gran privilegio de que goza la persona humana.

La reflexividad de la voluntad es probablemente el arma más poderosa de que dispone el ser humano

En cristiano

En un texto que transcribiré en la versión de *Avanzados*, Josemaría Escrivá califica el *querer-querer* como el modo de amar *en cristiano*.

Entre las muchas interpretaciones de esta idea, y con clara conciencia de quedarme corto, aventuro dos, perfectamente compatibles:

a) Ese *querer-querer* manifiesta por un lado la absoluta incapacidad de la criatura de amar como es debido, sobre todo tras el pecado original, y llama por eso en su auxilio al Dios que todo lo puede.

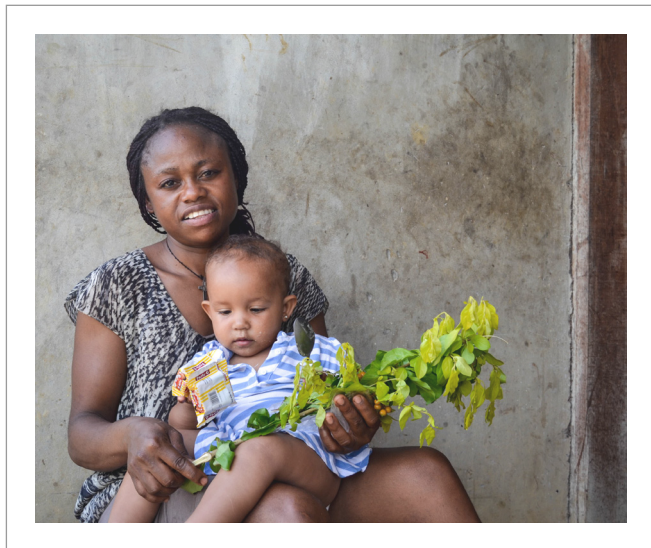
b) Simultáneamente, en relación al ámbito natural, la elevación al orden de la gracia multiplica el vigor y la facilidad de obrar de la voluntad. Pero lo hace justo de la manera que a esta le es más propia; a saber, dilatando o poniendo en juego su capacidad de reflexión: el *querer-querer*.

A lo que cabe añadir una puntualización importante.

Ese *querer-querer*, como el querer mismo en cuanto acto primario de la voluntad (¡el amor!), no forzosamente va acompañado por un esfuerzo titánico ni tiene nada que ver con el voluntarismo o con el kantiano deber por el deber.

Lo esencial en el amor-querer es justo la libertad con que realizo la *electio* o elección, el carácter eminentemente activo y libre de esa operación. Mas, en tantas ocasiones, esa elección apoya y sigue, en los dominios de la libertad, la *natural* o espontánea tendencia de la voluntad hacia el bien que el entendimiento le presenta.

Cuando yo amo a mi mujer, a mis hijos o a Dios, de ordinario no necesito en absoluto pugnar o empeñarme para hacerlo, sino todo lo contrario: tal vez tras un período de *entrenamiento*, es lo que *me sale* naturalmente. Y cuando quiero quererlos todavía más, eso no me supone por lo común una especial tensión: el amor que ya les tengo, y los gozos que de ahí surgen, me animan a quererlos más aún; y para ello puedo acudir a ese resorte maravilloso, y en este caso carente de esfuerzo, que es el *querer-querer*.



Lo esencial en el amor es justo la libertad con que realiza la *electio*,
el carácter eminentemente activo y libre de esa operación

5. De nuevo por encima de los animales

Amar: querer, querer-querer, querer-querer-querer..., por tanto. Y es que, como anticipé, el hombre rebasa infinitamente al animal justo mediante el querer con que —suscitándolos y reforzándolos o contrariándolos y aplacándolos, según convenga— supera y excede los meros deseos, pasiones y afectos.

El hombre rebasa infinitamente al animal justo mediante el querer
con el que supera y excede los meros deseos, pasiones y afectos

6. El acto más humano y personal

Querer es, pues, un acto exquisitamente humano, tal vez el más humano que quepa llevar a término, el más *natural* para el hombre: el más adecuado a su naturaleza.

Es un acto libre y, por tanto, inteligente: sapientísimo; decidido y vibrante, fuente de iniciativas creadoras y por eso liberador y sorprendente; muchas veces esforzado, y siempre desprendido: una auténtica *locura* o *excentricidad* para quienes no alcanzan a ver más que en dos dimensiones y se encuentran irremediablemente pegados al suelo.

Aunque no venga del todo a cuento, quiero volver a dejar constancia de que el acto por excelencia de la voluntad humana no es esforzarse ni empeñarse ni perseverar en la tarea comenzada, ni tantas otras cosas que se plantean al hablar de educación de la voluntad.

El principal acto de la voluntad, del que derivan todos los restantes, es justamente el que estamos considerando en estos primeros pasos: amar, querer el bien de otro, confirmarlo en su ser.

Y si a este acto primigenio hay que agregarle otros, no es tanto porque sean propios y específicos de la voluntad en cuanto tal, sino porque la voluntad humana es limitada y, como consecuencia, el hecho de amar no es suficiente para conseguir el bien que se pretende procurar al ser querido.

Querer es un acto exquisitamente humano,
tal vez el más humano que quepa llevar a término

II. Querer el bien

¡Por favor, no pierdas la forma!

¡Alerta!

Ya sabemos que, con frecuencia, no percibimos determinadas propiedades de la realidad porque no estamos empeñados en ello.

También el contenido de un libro puede no decirnos absolutamente nada si no hacemos *vibrar* nuestra mente con la ilusión de aprenderlo.

Y acabamos, según ya recordamos, como el negro del sermón,
con la cabeza caliente y los pies fríos:

Molestos, agotados y sin beneficio alguno.

1. Enseñar a amar

Así expresado —querer *el bien*—, daría la impresión de que este segundo momento es el más evidente y el que menos problemas teóricos y prácticos plantea: nadie dudaría en principio de que una madre o un padre de familia normales quieren lo mejor para sus hijos.

No obstante, en concreto, cuando tales padres intentan determinar lo que conviene a ese chico en unas circunstancias particulares, la solución se torna ya más complicada.

Muy pronto estudiaremos con detenimiento la cuestión. Apunto por ahora dos requisitos concatenados en la búsqueda y ofrecimiento del auténtico bien.



a) En primer término, que realmente lo sea para la persona a quien se le brinda: y no, a través de un autoengaño más o menos consciente y hoy bastante difundido, un simple beneficio para el padre o la madre.

b) En segundo lugar, y casi como corolario y concreción del precedente, lo que se exige a la hora de querer a alguien es que aquello que se le ofrece resulte un bien real, objetivo: es decir, algo que lo mejore.

Por tanto, y puesto que nadie mejora como persona sino en la medida en que ama más y mejor, lo que en última y definitiva instancia debe procurarse para aquel a quien se ama es que a través y por medio de nuestras intervenciones y dádivas, aprenda a querer de manera más sincera, firme, intensa, comprometida y eficaz.

Se establece así una suerte de *círculo virtuoso*, merced al cual, cuando alguien ama de verdad a otra persona, ha de procurar por todos los medios que esta, a su vez, vaya queriendo más y mejor.

En última instancia, lo que debe procurarse para aquel a quien se ama es que a su vez aprenda a querer de manera más sincera, firme, profunda, intensa, eficaz y comprometida

2. Suscitar o provocar el amor



De entrada, podría resultar extraño o incluso contradictorio; pero curiosamente y a fin de cuentas, amar equivale a enseñar a amar y, añadido ahora, a facilitar el amor.

Por eso, el mejor modo de querer al propio marido o a la propia esposa es ser uno muy amable, en el sentido más certero y penetrante de esta palabra. Eliminar cuanto obstaculice el amor del otro cónyuge. Permitir que me ayude y anime. Recibir sin trabas su cariño, no poner barreras que impidan que su entrega, sus definitivos deseos de unirse a mí, alcancen su meta.

Amar equivale a facilitar el amor, a ser muy amables, es decir, fáciles de amar, *suscitadores* de amor

¿Cómo?

Facilitamos el amor cuando nos mostramos francos, disponibles y cercanos. Lo cual suele equivaler, en positivo, a estar pendientes del otro. O, lo que es casi lo mismo, a no resultar hoscos, distantes o incluso hirientes, por encontrarnos encerrados en los propios problemas o enrocados en los presuntos y orgullosos derechos del yo, en «lo mío en cuanto mío, que hace crecer al ego».

De manera un tanto negativa, y con el dramatismo y el leve toque de cursilería en que a veces cae, lo afirmó Bécquer:

Asomaba a sus ojos una lágrima / y a mis labios una frase de perdón; / habló el orgullo y enjugó su llanto, / y la frase en mis labios expiró. // Yo voy por un camino, ella por otro; / pero al pensar en nuestro mutuo amor, / yo digo aún: “¿Por qué callé aquel día?”, / y ella dirá: “¿Por qué no lloré yo?”

Y de forma más animante, con palabras a primera vista algo complicadas, pero muy sugerentes en cuanto se lean con detenimiento, lo expone Jean Guittou:

Lo que el amor tiene de admirable es que el servicio que nos hacemos nosotros mismos al amar, se lo hacemos también al otro amándolo; más aún, se lo hacemos por segunda vez dejándonos amar [que podría traducirse, según la expresión que antes utilicé, por *ser muy amables*].

Facilitamos el amor cuando nos mostramos disponibles y cercanos;
cuando estamos pendientes del otro;
cuando tenemos tiempo para él o ella



Sin merecerlo

Añado que a menudo al ser humano le cuesta terriblemente dejarse querer de manera gratuita, que es como efectivamente se ama cuando de veras se ama.

En casi todos existe una tendencia a poner por delante los *méritos* por los que los demás *tienen que* querernos. Y cuando no estamos a la altura de lo que nosotros mismos nos exigimos o pensamos que podríamos dar, tendemos a rechazar el amor que nos brindan, aunque no seamos conscientes de ello y aunque ese rechazo nos provoque una tristeza y una desazón difíciles de sobrellevar.

Por eso, como apuntaba, *ser muy amables* es el mejor modo de amar; y por eso, según demuestra la experiencia, muchos matrimonios se rompen justo porque alguno de los cónyuges, o ambos, no aceptan el amor que el otro les brinda de forma gratuita y se niegan asimismo a quererlo de igual manera.

Es el inicio del fin.

Bastantes matrimonios se rompen porque alguno de los cónyuges no acepta el amor que el otro les brinda de forma gratuita

3. La brújula de todo acto educativo

Facilitar el amor como modo sublime y supremo de amar: he aquí una conclusión reveladora.

A la que cabe añadir otra, de no menos alcance, afirmando sin peligro, y sin temor a ser declarados ingenuos, que el fin de toda educación consiste:

- a) En enseñar a querer a la persona a la que se forma.
- b) En hacer de ella alguien más enérgica y decididamente interesado por el bien de los demás que por el suyo propio.

Por eso, en cada circunstancia educativa o de orientación, a la hora de tomar o insinuar una decisión más o menos complicada, la pregunta que debe hacerse el educador será siempre: «esto que le sugiero o prohíbo... ¿propiciará que esa persona quiera más y mejor a los otros, o, por el contrario, la incitará a encerrarse en sí misma, en su bien abreviado y egoísta?»

La respuesta a estos interrogantes indicará, la práctica totalidad de las veces, cuál ha de ser el tenor de nuestras intervenciones.

Educar es enseñar a amar

4. A modo de ejemplo, sin pretensiones

Unos padres, pongo por caso, pueden albergar serias dudas sobre la conveniencia de enviar o no a la hija adolescente a Inglaterra o a Estados Unidos para que perfeccione sus conocimientos de inglés.

De manera casi definitiva, los anima la imperiosa necesidad, hoy día, de conocer este idioma. Pero temen los peligros de soledad, de desadaptación y desorientación que la estancia fuera de casa suele llevar consigo.

De cualquier manera, aunque lo que acabo de mencionar pueda también tener sus efectos positivos de maduración, la cuestión decisiva es otra.

a) Por un lado, deben tener muy claro que casi cualquier idioma extranjero puede hoy aprenderse en el propio territorio, al menos hasta determinado nivel; y que el hecho de visitar el país nativo no asegura sin más ese aprendizaje, sobre todo a determinadas edades y en determinados ambientes, en los que el chico o la chica acaba justo por rodearse de amigos... de su propia tierra e idioma.

b) Por otro y más esencial, han de formularse el interrogante clave: en la situación anímica y de madurez en que se encuentran mi hijo o mi hija, la estancia por un cierto tiempo en el extranjero ¿los ayudará a crecer en su capacidad de amar, o, por el contrario, puede introducir en su desarrollo una contrahechura que retrase en muchos años su adelantamiento como persona?

Es esa la pregunta del millón, y la que los padres, acudiendo a todos los resortes de su propia inteligencia acrecentados por el cariño, y pidiendo consejo a quienes sepan sensatos y expertos en el asunto, deben resolver antes de tomar una decisión al respecto.

Actitud que normalmente no se adopta, y pregunta que de ordinario no se formula... tal vez por falta de reflexión sobre lo que realmente y en el fondo deseamos para nuestros hijos, porque constituye el fundamento único de la plenitud y de la dicha humanas.



**Lo único realmente importante es
si la situación en que se encuentra nuestro hijo
y las actividades que desarrolla en ellas
lo hacen más o menos capaz de amar**

III. Querer el bien para otro... en cuanto otro

¡Pongámonos de nuevo en forma!

¡Alerta!

No quiero repetirme —pues pienso que ya lo habrás interiorizado— que en las páginas que siguen encontrarás más o menos respuestas en función de las preguntas que previamente te hayas hecho.

1. En cuanto otro



Comenzaré advirtiéndote que esta reproducción, *en cuanto otro*, reposa la clave del genuino amor; que amar, en su concepción más clara y certera, es perseguir el bien del otro no por mí, sino por él.

Esto es:

a) No por el beneficio que esa amistad pudiera proporcionarme: desde el aplacamiento de la propia soledad hasta el introducirme en un ámbito social que favorece mi propia tranquilidad o mi progreso o la oportunidad de conseguir, para un hijo o un conocido, un buen puesto de trabajo...

b) Tampoco por la satisfacción, de armónicos sabrosísimos y hoy tal vez poco experimentados, que el trato con los auténticos amigos reporta.

c) Ni siquiera porque así y solo así, aquilatando la calidad de mis amores, me torno yo mejor persona, aumento mi propia categoría humana y me acerco a la perfección y dicha.

d) Sino únicamente por él, por aquel a quien se quiere, y por una razón muy clara:

– Porque es persona y, solo por tal motivo, merecedora de amor.

– O, si se prefiere, pues viene a ser lo mismo, porque Dios lo ha destinado a mantener con Él un coloquio de afecto apasionado por toda la eternidad, entregándole el más inmenso de los Bienes: Él mismo.

¿Y quién soy yo para enmendar la plana al propio Dios?

Amar de manera sería y eficaz es perseguir el bien del otro
no por mí, sino por él

2. Es decir, en cuanto ente (tal como es)

Según su propia realidad

La expresión «amar al otro *en cuanto otro*» se acerca mucho a aquella otra, utilizada por Aristóteles para referirse al tema de la metafísica: el ente en cuanto ente.

Y no se trata solo de proximidad lingüística. Para advertirlo, basta considerar que, en relación con cada una de las personas que nos rodean y a quienes tratamos caben, en fin de cuentas, dos posturas contrarias:



a) O bien la dejo ser quien es y la apoyo en su proceso de crecimiento diferenciador y exclusivo de ella, aunque su manera de ser no me entusiasme e incluso me moleste. Y ese es el auténtico amor, que acerca a aquel a quien quiero a *su* plenitud y *su* dicha.

b) O bien *intento* adaptarla a mi propio modo de ser, re-construirla a *mi imagen y semejanza*. Actitud que, aunque en algunos momentos pueda resultar bene-

ficiosa, al cabo la sofoca y agosta, impidiendo su genuino desarrollo. Algo que ni siquiera utilizando los más sutiles eufemismos puede considerarse amor.

Volveremos sobre este asunto, cuya importancia difícilmente cabría exagerar.

Nadie puede alcanzar *su plenitud*
sino siendo muy a fondo quien es y está llamado/a a ser

O, pues viene a ser lo mismo, en cuanto persona

Lo propio del auténtico amor es referirse, desde el propio ser, al ser de la persona amada. O, con palabras más claras, *pasar* desde las cualidades que nos atraen inicialmente o, en todo caso, ocupan el primer término en nuestra consideración y afecto, hasta la condición *personal* del ser querido, que lo torna amable con independencia absoluta de cualquier cualidad, virtud, carencia o defecto.

Y ese *ser personal* es radicalmente único e irrepetible y está destinado a desarrollarse en la dirección y sentido, también únicos e irrepetibles, inscritos en él desde el momento mismo de la concepción.

De ahí que amar *realmente* a alguien es favorecer con obras el desarrollo que a ella, y sólo a ella, le es propio.

El (acto de) ser de cada persona es único e irrepetible
y tiende a desarrollarse de manera también única e irrepetible



Tranquilidad.

El conocimiento humano es progresivo.

Normalmente no se comprende del todo lo que se lee por primera vez.

Lo medio-entendido entonces prepara para estudiar lo que sigue, y el nuevo saber aclara de ordinario lo ya aprendido o buena parte de ello. A menudo es preciso pasar páginas en los dos sentidos, leer más de una vez lo mismo.

Pero el resultado final suele provocar una satisfacción honda, notable y duradera: a veces más densa y permanente cuanto mayores hayan sido los esfuerzos puestos en juego.

¡Ten confianza en tus fuerzas!